

“Di á los cristianos: No adoremos más que un solo Dios. Infiel es aquel que dice: Dios es una tercera persona de la Trinidad. No hay más Dios que el único Dios. Los que dicen que Dios es el Mesías, hijo de María, son infieles. El Mesías no es más que un apóstol, un hombre; y Jesús, como Adán, ha sido formado del polvo; Dios le dijo: Sé, y fué. Adorar á Jesucristo es apartarse de los mandamientos de Dios. Los cristianos se han separado más todavía, colocando al lado de Dios compañeros que ellos aman como á Dios; los que creen, aman á Dios sobre todo (1).

Los cargos que Mahoma dirige á los judíos y á los cristianos nos revelan la tendencia de sus ideas. No atacó las revelaciones de Moisés y de Jesucristo, en los cuales veía apóstoles de Dios. Y entonces, ¿por qué no quería ser ni judío ni cristiano? Porque los cristianos y los judíos que él veía no se diferenciaban de los idólatras más que en el objeto de su idolatría. Imaginándose que los antiguos tenían una idea más pura de la divinidad, Mahoma se propuso restablecer el culto de Abraham, alterado por la superstición (2). Para un Arabe debía tener grandísimo atractivo la fe de los antiguos patriarcas; Abraham é Ismael eran los progenitores de su raza; volver á los Arabes al Dios de Abraham... era volverles á la religión de sus padres. Esa idea del pasado es una ilusión histórica: la unidad de Dios, tal como Mahoma la predicó, jamás había sido revelada bajo una forma tan sencilla y tan concreta. Entre los judíos había sido viciada por la preocupación de una raza privilegiada y de una divinidad nacional. Entre los cristianos, la divinidad de Jesucristo, el culto de los santos y las imágenes alteraban la noción de un Dios universal. Mahoma, al tomar de Moisés la idea de un Dios único, fué realmente profeta. Se inspiró en todas las religiones que conocía. En el mosaísmo, el destino del hombre después de la muerte era problemático, y una poderosa secta, apoyándose en el silencio de los libros sagrados, negaba que el alma fuese inmortal. La vida perdurable del individuo estaba admitida por los magos; y los cristianos llegaron hasta reivindicar para el hombre la resurrección de su cuerpo, á fin de marcar mejor la

(1) *El Corán*, III, 57; v, 77; v, 19; v, 76, 116, 177; v, 79; XLIII, 59; III, 52; IX, 31; II, 160.

(2) *El Corán*, II, 129 y sig.—WELL, *Mahoma*, p. 42.

inmortalidad del individuo. Mahoma también predicó la inmortalidad y la resurrección.

Mahoma experimentó una viva resistencia de parte de los idólatras, que fueron los que abrieron el combate contra el profeta; y obligado éste á huir de la Meca, la oposición religiosa provocó una guerra. Los judíos se aliaron con los idólatras contra el enemigo común; pero Mahoma triunfó. Las primeras tribus que se le sometieron fueron las cristianas; el cristianismo no había echado raíces en las costumbres de los pueblos de Oriente; su verdadero profeta era Mahoma. El único enemigo serio que tuvo que vencer fué el paganismo. Aquella lucha nos revela su misión: Mahoma viene á enseñar la unidad de Dios á los idólatras, y con ese dogma atrae á los cristianos que, á fuerza de supersticiones, casi le habían olvidado.

§ II.—El dogma.

Los cristianos han casi odiado la filosofía, la han despreciado y condenado, y la habrían aniquilado si hubiera estado en su poder destruir el pensamiento libre, y, sin embargo, la filosofía es á la que debe el cristianismo su superioridad sobre el mahometismo. Mahoma es extraño á toda especulación filosófica. La ciencia griega penetró entre los Arabes, pero no tuvo poder bastante para modificar un dogma demasiado absoluto. Y como la filosofía no ha podido ni ilustrar ni desarrollar el dogma mahometano, éste ha quedado incompleto y hasta contradictorio.

N.º 1.—Concepto de Dios.

“Dios es uno. Es el Dios Eterno. No ha engendrado ni ha sido engendrado. Dios ha creado el mundo de la nada,” (1). Dios uno y creador: hé aquí toda la teología de Mahoma, que está exenta de superstición. Se ha acusado á los mahometanos (2) (¿de qué no se les ha acusado?) de que adoran á un Dios corporal; siendo así que no consenten ni siquiera una imagen en sus templos, y que el culto de las imágenes es uno de los grandes crímenes que ellos imputan á los cristianos. Gibbon dice, con mucha más razón, que un filósofo deista

(1) *El Corán*, CXII.

(2) El papa Pío II (RELAND, II, 3).

podría afirmar el símbolo popular de los musulmanes. Sí, el Dios de Mahoma es el Dios de los deístas, y esa noción constituye la grandeza del profeta árabe. Mahoma rechaza la Trinidad como un politeísmo, y hay que confesar que para los cristianos del siglo VII, y aun para los Padres de la Iglesia, la Trinidad no significa más que la divinidad de Jesucristo, divinidad que Mahoma hace bien en rechazar, como la han rechazado, siglos después de él, los librepensadores. El profeta árabe encuentra palabras admirables para increpar la idolatría y para exaltar al único Dios: “Solo él es digno de ser invocado. Aquellos que imploran otros dioses los imploran en vano, y se asemejan á aquel que extiende sus dos manos hacia el agua para llevarla á su boca, pero que jamás llega á tocarla... ¿Cuál es el soberano de los cielos y de la tierra? Dios. ¿Lo olvidaréis para ir á buscar patronos incapaces de defenderse á sí mismos? ¿Será considerado el ciego como igual á aquel que ve las tinieblas y la luz? ¿Darán ellos por compañeros á Dios divinidades que hayan creado de la manera que crea Dios?” (1).

El deísmo puro, tal como lo consagra Mahoma, es una noción imperfecta de Dios, en tanto que el profeta árabe desconoce ó no revela ese lazo entre el Creador y la criatura que los teólogos llaman la gracia. ¿Cuáles son, en su doctrina, las relaciones del hombre con Dios? La criatura desaparece ante la omnipotencia del Creador; hay un abismo entre el hombre y Dios; y á fuerza de ser absoluta, la potencia divina llega á ser arbitraria. Esas consecuencias del deísmo se han desarrollado entre los mahometanos, por más que el Corán no sea más desfavorable á la libertad humana que el Evangelio.

N.º 2.—Relaciones del hombre con Dios.—La predestinación.

Nada más célebre que el fatalismo musulmán; los autores cristianos están unánimes es decir que Mahoma destruye la libertad del hombre y que atribuye á Dios el principio y la causa del pecado (2). Con todo eso, el dogma está lejos de ser tan fatalista como se cree. La predestinación es para Maho-

ma un arma de guerra: hace á los creyentes resignados á la voluntad de Dios é invencibles en los campos de batalla. En uno de los combates que los Coraichitas libraron contra los refugiados de Medina fué vencido Mahoma; la desolación y el desaliento embargó á sus gentes, y los que habían perdido algún pariente, acusaban al profeta, el cual les respondió: “Dios determina la duración de la vida de cada hombre, y no hay precaución humana que la pueda prolongar un instante; los que han muerto en el combate hubieran muerto igualmente en su casa,” (1). La predestinación no está aplicada más que á la hora de la muerte: “El hombre no muere más que por la voluntad de Dios y según el libro que fija el término. En cualquiera lugar que estéis, la muerte os alcanzará,” (2). ¿Niega por esto Mahoma la libertad moral del hombre? ¿Hace á Dios autor del pecado? No, la libertad humana está claramente marcada en el Corán, y Mahoma la recuerda muchas veces: “El que haya hecho el mal, será retribuido por el mal. Pero aquellos que creen y practican las buenas obras, les llevaremos á jardines regados por mil arroyos,” (3). Las expresiones de que se sirve el profeta árabe para señalar las recompensas que esperan al justo le hubieran hecho condenar como pelagiano por un concilio católico: “A aquellos que creen y que practican buenas obras, Dios les pagará su salario exactamente. Aquel que ha cometido una mala acción recibirá el precio equivalente.” Mahoma toma en cuenta los móviles que inspiran las acciones humanas y la intención que aumenta ó disminuye la culpabilidad. “En el día del juicio final, el libro en que están escritas las acciones de cada uno será puesto entre sus manos; las más pequeñas cosas como las más grandes, ninguna será omitida, y las recompensas serán proporcionadas al bien,” (4).

No hay libro sagrado en el cual brille con más evidencia la libertad humana. Decimos más: la libertad es más completa en el islam que en la doctrina cristiana (a). Mahoma no conoce el dogma

(1) PRIDEAUX, *Vida de Mahoma*, p. 103.

(2) *Corán*, III, 189; IV, 80.

(3) RELAND, *De Relig. Moham.*, I, 7, p. 65.—*Corán*, IV, 122, 121.

(4) *Corán*, IV, 172; VI, 161; XLII, 47; LVII, 10.

(a) Se necesita de todo el fanatismo que despierta el espíritu de secta ó de partido para decir seriamente lo que dice aquí Mr. Laurent. No hay un lugar en el Evangelio en que no respaldada la influencia y el poder ilimitado de la libertad moral del hombre; llega hasta tal punto en el Evangelio de exal-

(1) *El Corán*, XIII, 15, 27, 2, 3, 14.

(2) Véanse las citas que hace RELAND, *Religión de Mahoma*, II, 4, p. 151.—BERGIER, *Diccionario de Teología*, palabra *Mahometismo*.

desesperante del pecado original, tal como fué fomentado por San Agustín; no condena la inmensa mayoría del género humano por la única razón de que descienda de Adán y de que traiga al nacer el germen de la muerte eterna; no entrega pueblos enteros á las llamas del infierno por la sola razón de que no han podido conocer á Jesucristo. Si condena á los idólatras á las llamas, es porque se les ha enviado un profeta, es porque se les ha predicado la verdad y han rechazado la verdad (1). Promete la vida eterna á los pueblos de la ley y aun á todo creyente sincero: "Los que creen y los que siguen la religión judía y los cristianos y los sabios, en un palabra, cualquiera que cree en Dios y en el juicio final y que haya practicado el bien, todos recibirán una recompensa de su Señor, y el temor no les embargará y no se verán afligidos," (2). Tampoco consagra el islam la desconsoladora doctrina del cristianismo de que "muchos son los llamados y pocos los escogidos." Sólo los infieles serán los que no hallen gracia en el juicio final; en cuanto á los creyentes, Dios borrará sus pecados, y todos serán salvos (3).

Tal es la doctrina del Corán: la libertad es completa durante la vida del hombre; la predestinación sólo se manifiesta á su muerte, y ésta es inevitable. A este respecto, el mahometismo no es más fatalista que el cristianismo. Nosotros no creemos que los partidarios más decididos de la libertad quieran sostener que el hombre es dueño del momento y del género de su muerte; la muerte, como el nacimiento, son hechos providenciales; se puede llamar á esto fatalidad, si se quiere, pero esa fata-

ción de la libertad, del poder de la voluntad, de la omnipotencia del espíritu, que Jesús, al ver en una ocasión vacilar y temer y dudar á sus discípulos, les increpa y les dice: «Si tuvierais fe tamaño como un grano de mostaza, diríais á esa montaña: aplanate, y se aplanaría.» Y que no se nos oponga que ahí y en otros pasajes se exalta el poder de la fe; el poder de la fe es el poder de la voluntad, y la voluntad omnipotente, *est quasi*, es la libertad humana. «Amad el bien, queredle, *ex toto corde, ex toto animo vestro*, y haréis prodigios.» Esa es la idea constante de Jesús. Eso es el cristianismo. Y eso es lo que ha transformado el mundo, no otra cosa.

¿Y qué dice el Corán? ¿Y qué ha producido el Corán? El fatalismo más enervador y más depresivo de la libertad y de la dignidad del hombre y del progreso de los pueblos. En esos mismos *Surates* que cita Mr. Laurent se dice: «Todo hombre lleva sobre su cerviz la marca de su destino, y en el día del juicio le enseñaremos un libro abierto.» Lo que afirma Mr. Laurent es insostenible á todas luces. Lo contrario es axiomático para nosotros. Los hechos están de acuerdo con las doctrinas. —(N. del T.)

(1) *Coran*, XVII, 16; XXXIX, 71; LXVII, 9.

(2) *Coran*, II, 59, c. 5, 70, 73.

(3) *Coran*, XLVIII, 5.—RELAND, *De Relig. Moham.*, I, 6.—SALE, sección IV, p. 500.

lidad existe en toda religión y en toda filosofía. Verdad es que las escuelas filosóficas y teológicas que surgieron entre los Arabes traspasaron los principios consagrados en el Corán; pero otro tanto ha sucedido en el mundo cristiano. El Evangelio no sabe nada, ni de libertad ni de predestinación; es San Agustín el que, llevando hasta el extremo el dogma del pecado original, llegó hasta la negación de la libertad. Otro tanto sucedió, poco más ó menos, entre los mahometanos. Algunas sectas sostuvieron que Dios tiene un poder absoluto sobre las acciones humanas, hasta el punto de que los hombres son instrumentos ciegos en las manos de Aquél. Se hallan en los escritos de esa escuela pensamientos que recuerdan la doctrina agustiniana: «Aun cuando Dios precipitase á todos los hombres en el infierno no cometería ninguna injusticia.» En San Agustín, ese dogma terrible es una consecuencia lógica del pecado original, y la secta mahometana le deriva del poder absoluto de Dios y de la nulidad de la criatura enfrente del Creador (1).

Las escuelas mahometanas se inclinan á la predestinación más que á la libertad, y por eso es la predestinación la que reina en las costumbres. San Agustín, explicando la gracia, predicaba la humildad y la resignación; también la resignación caracteriza al *islam* (2). Los musulmanes han permanecido más fieles á su creencia que los cristianos; su religión los hizo mucho tiempo invencibles en los campos de batalla, y hoy les inspira una indiferencia heroica en todas las calamidades que les sobrevienen, la peste, la guerra ó la muerte. Pero ese mismo dogma que hace al hombre invulnerable por el mal, le quita toda fuerza de iniciativa para producir el bien: es un principio de inmovilidad, y, por lo tanto, de decadencia.

¿Es esto decir que haya que imputar á la doctrina del Corán la inmovilidad del mahometismo? Así se ha dicho (3); pero no se ha apercibido que ese cargo cae más directamente contra el cristianismo. La gracia de San Agustín conduce á la predestinación y ésta al fatalismo, á la inercia y á la

(1) RITTER, *Hist. de la filosofía del cristianismo*, t. III, p. 740. 157.—SALE, sec. VIII, p. 531, 529.

(2) La palabra *Islam* significa un completo abandono á la voluntad de Dios. Y de *Islam* viene la palabra *Muslemim* y *Musulman*; musulmán es, por lo tanto, el hombre resignado á la voluntad de Dios (PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. I, p. 257).

(3) DOELLINGER, *Religión de Mahoma*, p. 7.

muerte (1). ¿Por qué entonces la sociedad cristiana es progresiva, mientras que la sociedad musulmana es estacionaria? Es el espíritu de libertad y de actividad, inherente á la raza germánica, el que ha neutralizado lo que había de inerte y enervador en la creencia cristiana. El hombre del Occidente, al sufrir el mal como proveniente de Dios, no le ha aceptado jamás como eterno; ha presentado en sí la fuerza de actuar contra el mal, y así es como progresivamente se prepara el reinado del bien. Si el Oriente se ha extenuado, es que los errores de la religión han encontrado un apoyo en el clima y en la raza: «De la pereza del alma, dice Montesquieu, nace el dogma de la predestinación, y del dogma de la predestinación nace la pereza del alma.» (a).

N.º 3.—Relaciones entre los hombres.

I.—Igualdad.—Fraternidad.

El dogma de la unidad de Dios conduce irresistiblemente á la creencia de la unidad del género humano, é implica la fraternidad, la igualdad y la caridad. Pero el orgullo humano se revuelve contra esa santa doctrina. Adorando á un solo Dios, los Judíos se llamaban raza elegida. También se han abierto campo esas pretensiones entre los Arabes; la Meca era la ciudad santa, y los Coraichitas, guardianes del templo, creían participar de aquella santidad. Cuando Mahoma entró vencedor en la Meca, ¿cuál fué el primer pensamiento que le inspiró la victoria? «¿No hay más Dios que Alá!... Coraichitas, no más fiereza pagana, no más orgullo fundado en los antecesores. Todos los hombres son hijos de Adán, y Adán ha sido formado de barro.» Después les recitó este versículo del

(1) LAMENNAIS, *Boceto de una filosofía*, t. II, p. 89.

(a) El imperio de la verdad arranca á Mr. Laurent confesiones que destruyen su tesis absurda de que el Corán favorece más que el Evangelio la libertad humana. Pero viendo que los hechos y la historia y los escritores más distinguidos rechazan su aserto, acude á su panacea, á las razas y á los climas. Y hemos dicho que llevar la influencia de las razas y de los climas hasta «se punto por parte de un escritor que pretende haber encontrado la filosofía de la historia, nos parece fútil y poco filosófico, y sobre todo, nada verdadero. Todas las razas de hombres tienen lo esencial, que es el ser hombres, y al hombre la caracteriza y le distingue, más que la inteligencia, la libertad; por ser libre es racional, es inteligente. Todavía tiene el Árabe más condiciones para la libertad política que el Germano. Quiera ó no quiera Mr. Laurent, no son las razas las que han efectuado el milagro, es el cristianismo. Sólo que el cristianismo no es San Agustín, ni San Gregorio, ni San León; el cristianismo no es lo que ve y pinta aquí Mr. Laurent. —(Nota del Traductor).

Corán: «Mortales, os hemos creado de un hombre y de una mujer; os hemos dividido en familias y en tribus; el fin común de vuestra existencia es una sociedad fraternal...» (1). En su última peregrinación á la Meca, Mahoma recordó otra vez á los creyentes el deber de fraternidad: «¡Oh hombres! escuchad mis palabras, porque no sé si aun podré otro año encontrarme con vosotros en este lugar: sed humanos y justos unos para con otros... Todos los musulmanes son hermanos.» (2).

La igualdad de los creyentes es absoluta. ¿Qué distinción podría haber entre las criaturas enfrente del Creador? El cristianismo también ha proclamado la igualdad religiosa, pero no ha hecho de ella una ley social. Los mahometanos han ido más lejos; su ley, que es religiosa y civil á un mismo tiempo, ha aplicado el dogma á las relaciones civiles y políticas. Bajo el califa Omar, un príncipe cristiano, Árabe de nacimiento, se convirtió al islam por ambición más que por fe; al verificar la peregrinación á la Meca, un Beduino que marchaba detras de él le pisó la punta de su manto y le hizo caer. El príncipe de Gassan se volvió furioso y dió un bofetón al Árabe; éste elevó su queja á Omar. «¿Tú le has pegado?» preguntó el califa á Djabala. —Sí, respondió el príncipe; y á no ser por mi veneración á la Caba, le hubiera roto la cabeza.—Puesto que lo confiesas, replicó Omar, es preciso que compres de la parte ofendida el desestimiento de su querrela.—¿Y si no lo quiero hacer?—Entonces sufrirás la pena del talión. Yo mandaré á ese Beduino que te abofetea como tú le has abofeteado.—¡Pero yo soy rey, y él no es más que un hombre oscuro!—El rey y el particular son iguales delante de la ley musulmana.—Yo había creído que sería más honrado en el islamismo que en mi primera religión.—El príncipe árabe prefirió volverse al cristianismo antes que pasar por lo que consideraba una afrenta. Encontró en Constantinopla las atenciones debidas á su rango; pero, en medio de las grandezas de la corte, echó de menos la libertad de su patria.

El creyente no pertenece más que á Dios, y el hombre no es superior al hombre. Todos los musulmanes poseen un derecho igual al gobierno, á las funciones del templo, de la justicia y de la ad-

(1) *Corán*, XLIX, 13.—PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, III, 331.

(2) PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, III, 301, 303.